

## **EUROCENTRISMO Y ANTIEUROCENTRISMO EN LA TEORÍA LITERARIA DE AMÉRICA LATINA Y EUROPA\***

*Desiderio Navarro*

Múltiples y muy diversas han sido las formas de manifestación del esquematismo en las ciencias culturales —literaria, estética, culturológica, etc.—. Baste recordar el “presentismo”, el “pasatismo” y las desviaciones “poesiocentrista” y “novelocentrista” en la teoría literaria, así como el “realismocentrismo”, el literaturocentrismo” y el “plásticocentrismo” en la estética general. Pero, gracias a numerosos autores de diversas especialidades y países —entre los que no han faltado investigadores estéticos y literarios latinoamericanos—, ya hoy día sabemos que su forma de manifestación más extendida en la historia y la geografía de las ciencias culturales no es otra que la traslación mecánica de generalizaciones hechas sobre la base de material de unos países y pueblos a realidades de otros países y pueblos. En la ciencia literaria, la estética, la historia del arte y otras ciencias culturales, esta extrapolación o universalización ilegítima de categorías y leyes se ha presentado *principalmente* como *occidentocentrismo*, o dicho de una manera más exacta: como *euroamericacentrismo*. Conviene subrayar el adverbio “principalmente”, pues a menudo se olvida o se desconoce la existencia de frecuentes manifestaciones de asiacentrismo, afrocentrismo y otros “centrismos” regionales en dichas ciencias.

Sin embargo, al revisar desde este ángulo la más amplia literatura de estas disciplinas, se puede comprobar que, con suma frecuencia, a la “periferia” han sido lanzadas no sólo Asia y África, sino también la América Latina y hasta la Europa oriental y Canadá (o toda Norteamérica). Y he aquí por qué muy a menudo la palabra “eurocentrismo” deja de ser esclarecedora, para convertirse en un velo lanzado sobre la esencia del asunto. En nuestra América, Roberto Fernández Retamar ha dejado ver que las supuestas manifestaciones de “eurocentrismo” en los estudios literarios casi siempre han sido, en realidad, manifestaciones de *eurooccidentocentrismo*, porque, en tales extrapolaciones esquemáticas, a la literatura de la Europa oriental la mayoría de las veces le ha tocado el mismo destino de “periferia” que a la literatura de la América Latina<sup>1</sup>. Y no

(\*) Este estudio es una reelaboración del aparecido en *Casa de las Américas*, XXI, 122, La Habana, setiembre-octubre de 1980.

1. Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, pp. 61-65.

son pocos los teóricos e historiadores literarios de la propia Europa oriental que, como la comparatista soviética Irina Neupokóeva, han detectado y criticado fenómenos de esa naturaleza en numerosas obras de sus colegas occidentales<sup>2</sup>.

Avanzando en esa misma dirección, podemos agregar, de nuestra parte, que ese eurocentrismo ha sido a menudo un mero francocentrismo. Entre otros ejemplos posibles, basta aducir aquí dos hechos sacados a la luz respectivamente por el célebre historiador literario alemán Ernst Robert Curtius y el teórico marxista polaco Henryk Markiewicz. El primero reveló que la comparatística francesa (y, en particular, Van Tieghem) caricaturizó la historia de las literaturas europeas desde el año 1500, al meterlas a la fuerza en un estrecho esquema abstraído del desarrollo de la literatura francesa<sup>3</sup>; y el segundo ha denunciado que con frecuencia el naturalismo es definido de tal manera que se lo reduce a un zolismo, cerrando con ello el camino para la comprensión del naturalismo inglés o ruso<sup>4</sup>.

Sólo para evitar neologismos e incómodas repeticiones, seguiremos empleando aquí los tradicionales términos “eurocentrismos”, “eurocentrista” y sus derivados, pero con la siguiente reserva: en adelante, al hablar de “eurocentrismo”, nos estaremos refiriendo a un pensamiento literario y estético que eleva a “centro” de sus generalizaciones ora las literaturas y artes de Europa y Norteamérica, ora exclusivamente las de la Europa occidental, al tiempo que reduce a “periferia” las restantes literaturas y artes del mundo. Tal restricción del campo al que apuntarán nuestros ulteriores señalamientos, no significa, en modo alguno, que no admitamos la validez de muchos de ellos —evidente en varios casos— para “centrismos” más amplios o más estrechos que también involucran a toda Europa o a parte de ella: el occidentocentrismo y el francocentrismo, entre otros.

Tal vez sigue siendo necesario subrayar que el eurocentrismo no está presente de manera exclusiva en la obra de investigadores y críticos de Europa y Norteamérica, sino que también halla lugar en la producción científica y crítica del Oriente —como señaló el orientalista soviético Nikolai Konrad—, en la del África, y en la de la América Latina —como han denunciado ya distintos autores de nuestras tierras—.

Por otra parte, debemos reconocer, sin rodeos ni reticencias, que, aunque en principio es hostil tanto al esquematismo como al empirismo, la ciencia literaria y estética marxista no ha estado libre de manifestaciones de esquematismo eurocentrista, mientras que no han faltado científicos literarios y estéticos no-marxistas que, gracias a su atención y fidelidad a los datos de la experiencia, se han elevado hasta una concepción no sólo ajena a tal esquematismo, sino incluso programáticamente enfrentada a él (tal es, por ejemplo, el caso del conocido compa-

2. I. G. Neupokóeva, *Istoriia vseirnnoi literatury. Problemy sistemnogo i sravnitel'nogo analiza*, Moscú, Nauka, 1976, pp. 54-58.

3. Ernst Robert Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Berna, Francke, 1954, pp. 274-275.

4. Henryk Markiewicz, *Glówne problemy wiedzy o literaturze*, Cracovia, Wydawnictwo Literackie, 1970, p. 207.

ratista y orientalista francés René Etiemble). Pero también se ha de reconocer que entre los más radicales críticos del eurocentrismo han estado destacados científicos marxistas (como, por ejemplo, los comparatistas soviéticos Víktor Zhirmunski y Nikolái Konrad). Permítasenos exponer a continuación un claro ejemplo de este contradictorio estado de cosas.

En 1936, el relevante sociólogo empirista polaco de la cultura y el arte, Stanislaw Ossowski, advirtió que “la filosofía del arte, o la llamada teoría general del arte, es, en el fondo, una teoría del arte europeo”, y que “desde el momento en que las afirmaciones de la teoría general del arte o la estética han de ser válidas para toda creación artística y para todos los medios, la limitación a los materiales transmitidos por la tradición europea, tiene en más de una ocasión resultados desafortunados”. Pasando a señalar ejemplos concretos, Ossowski agregaba:

Las diferentes clasificaciones del arte que tienen pretensiones de generalidad, son, en el mejor de los casos, clasificaciones del arte europeo tradicional. Su carácter relativo se pone de manifiesto claramente cuando las comparamos con las clasificaciones en la teoría del arte hindú o chino. Para un chino sería una cosa ridícula que alguien le dijera que la pintura pertenece a las artes estáticas, a las artes “que no se desarrollan en el tiempo”, como declara la teoría europea del arte. El chino sabe bien que las obras pictóricas grandes están enrolladas y que se las mira de una manera semejante a como se lee un poema: se las desenvuelve gradualmente de un rollo al tiempo que se las enrolla en otro, de manera que la imagen se desenvuelve ante nuestros ojos de una manera continua y en cada instante sólo vemos cierto fragmento de ella; y precisamente este “desarrollo de la imagen en el tiempo” plantea problemas especiales de composición<sup>5</sup>.

Sin embargo, todavía varias décadas más tarde, el más destacado de los estéticos marxistas soviéticos actuales, Moiséi Kagan, al examinar en su obra cumbre, *Lecciones de estética marxista-leninista*, la morfología del arte, divide las artes en *espaciales* o *estáticas*, *temporales* o *dinámico-procesuales* y *espacio-temporales*, y repitiendo el error eurocentrista ya tradicional de no tomar en cuenta la peculiaridad de la pintura china, sitúa la pintura en general, sin reserva alguna, a la cabeza de las artes puramente espaciales, estáticas, seguida de la gráfica, la escultura, la arquitectura y las artes aplicadas<sup>6</sup>. Y, por lo visto, con este error el autor no sólo ha pecado contra la pintura china, sino contra la pintura en general. Y es que el estudio comparativo atento de lo que a primera vista hubiera podido parecerle una particularidad exclusiva de la pintura china, habría podido conducirlo al “descubrimiento” de la temporalidad de la percepción de la obra pictórica en general (peculiarmente acentuada en la pintura china) regularidad és-

5. Stanislaw Ossowski, *Dziela*, tomo I (U podstaw estetyki), Varsovia, PWN, 1966, p. 358.

6. M. S. Kagan, *Lektsii po marksistsko-leninskoi estetike*, Leningrado, Izd-vo LGU, 1971, pp. 360-361.

ta que ha recibido comprobación experimental - a la que remitió ya en 1943 el conocido estético checo Jan Mukařovský, en su estudio "Intencionalidad y no-intencionalidad en el arte"-<sup>7</sup>.

Allí Kagan da muestra de no haber percibido un hecho y un problema teórico que sí han sido vistos y señalados con toda claridad por otro destacado estético marxista de su país, el también teórico literario Iuri Bórov. Hace unos años escribió este último:

Además, las categorías y los criterios artísticos de la estética europea no raras veces resultan inservibles para el estudio del arte de los pueblos del Africa Tropical. Es necesario plantear y resolver en adelante un problema teórico tan actual como es la pertinencia, la mutua aplicabilidad, de las categorías de la estética de los pueblos europeos y africanos, y también de los orientales<sup>8</sup>.

En vista de ciertas confusiones y errores en algunos de los trabajos latinoamericanos que han tocado recientemente la cuestión del eurocentrismo teóricoliterario, nos parece que ya se hace necesario, urgente, distinguir entre el eurocentrismo en el plano metodológico y el eurocentrismo en el plano teórico en sentido estricto. El primero, que no es más que la limitación al material europeo (y norteamericano) al construir o verificar generalizaciones con pretensión de validez universal, puede tener varias causas, que aquí se impone enumerar:

- 1) la insuficiencia del material disponible de las literaturas no-europeas (como ocurría hasta el presente siglo con las literaturas orientales);
- 2) el insuficiente conocimiento científico de esas distintas literaturas, debido a la escasez o incluso a la ausencia de estudios históricos -y, aún más, teóricos- sobre ellas (no sólo en Europa, sino también en sus mismos países de origen, y a menudo aún más en estos últimos);
- 3) la imposibilidad física, por así decir, de que un sólo investigador, o incluso un pequeño grupo de ellos, pueda dominar siquiera las literaturas fundamentales de las distintas regiones del planeta en las distintas épocas de la historia (no sin cierta razón, por ahora se ha considerado utópico el programa organizativo propuesto por René Etiemble para la superación del eurocentrismo, a saber, la creación de institutos que reúnan cada uno de quince a veinte especialistas conocedores de literaturas diferentes y de al menos una docena de lenguas cada uno);
- 4) los llamados "a priori" culturales, estéticos y literarios<sup>9</sup>, esto es, los cono-

7. Jan Mukařovský, "Zámernost a nezámernost y umení", en: J.M.Studie z estetiky, Praga, Odeón, 1966.

8. Iu. Borev, "Kritika buržuaznyj teoriko-literaturnyj kontseptsii - vazhnejšaja ideologičeskaja zadacha", en la recop. Teorii, shkoli, kontseptsii. Judžhestvennyj protsess i ideologičeskaja bor'ba, Moscu, Nauka, 1975, p. 93.

9. María Golaszewska, Zarys estetyki, Cracovia, Wydawnictwo Literackie, 1973. pp. 48-49.

cimientos, experiencias y gustos personales adquiridos por el investigador en el curso de su vida, que influyen sobre su percepción de los hechos literarios “ajenos” y sólo le dejan ver lo que tienen en común con los “propios”, o lo llevan a proyectar sobre ellos lo que es sólo una particularidad de los “propios”, haciendo de los primeros en ambos casos “repeticiones” prescindibles para la generalización teórica;

- 5) el tratamiento apriorístico, esquemático, de la tesis de la unidad de la literatura en el siguiente falaz razonamiento: si la literatura es una, entonces las categorías y leyes generales de una literatura regional, zonal o incluso nacional también son válidas para las demás literaturas del mundo; y, por último,
- 6) una tendenciosidad ideológica en conformidad con los intereses y necesidades de una determinada clase social —la burguesía imperialista de las grandes metrópolis capitalistas— en determinadas condiciones histórico-sociales.

Como puede verse, en este plano el eurocentrismo no siempre es un error, en el sentido de una actitud científica incorrecta, sino que puede ser también una “desgracia” impuesta por circunstancias externas, ajenas a la voluntad del teórico y contra las cuales puede que éste se haya debatido. También puede verse que el eurocentrismo metodológico no siempre constituye un resultado de una perspectiva metodológica que es instrumento de dominación de una burguesía imperialista que la ha generado, como ya se ha planteado o presupuesto erróneamente entre nosotros<sup>10</sup>.

Consideremos ahora el eurocentrismo en el plano teórico. Este, constituido por la atribución de validez universal a generalizaciones regionales europeas que no corresponden a la realidad de literaturas no-europeas, tiene una sola causa: el eurocentrismo en el plano metodológico. Pero si éste último, como acabamos de establecer, sólo en determinados casos es un error, el eurocentrismo en el plano teórico siempre es un error, en el sentido de una falta a la verdad científica. Se podría replicar que, si ello es así, el eurocentrismo en el plano metodológico también resulta ser siempre un error, puesto que conduce al eurocentrismo en el plano teórico. Pero la verdad es que él no siempre, no necesariamente, conduce al error eurocentrista en este último plano. Y ello es así por la unidad de la literatura, porque, con todas sus innumerables diferencias regionales, zonales y nacionales, todas las literaturas del mundo son un mismo y único fenómeno. Esta tesis, aun entre marxistas, no puede ser aducida como un dogmático, apriorístico *deus ex machina*, pero tampoco puede ser defendida, en nombre del marxismo, con el argumento de que “la literatura (...) es una en tan-

10. Cf. Guillermo Rodríguez Rivera, “América Latina y la ciencia de la literatura”, en: Unión, La Habana, 1979, no. 4. Allí afirma el autor lo siguiente: “su error / el del eurocentrismo – D. N. / proviene del apoyo en una perspectiva ideológica caduca, metafísica, vulnerada en sus posibilidades científicas por la realidad de que ha sido y es instrumento de dominación de la burguesía imperialista que la ha generado” (pp. 52-53).

to que es literatura”<sup>11</sup>, pues éste no es más que una *petitio principii* que, para la demostración, da por supuesto implícitamente que todas las literaturas del mundo son un mismo fenómeno (literatura), o sea, lo mismo que quiere demostrar. En la ciencia, para demostrar la unidad de distintos fenómenos en un determinado respecto, es necesario establecer la existencia del respectivo conjunto de determinadas regularidades comunes a todos ellos. El examen de la historia de las distintas literaturas del mundo permite afirmar que existen regularidades evolutivas comunes a todas ellas; y entre éstas se hallan, ante todo, las que ha señalado Nikolái Konrad: la variación histórica de la composición o *corpus* de la literatura; el proceso de delimitación e independización de la literatura respecto de la filosofía, la ciencia y las demás artes; la presencia de sistemas en los que se interrelacionan los fenómenos literarios; el proceso de formación, desarrollo y muerte de esos sistemas y de sustitución de unos por otros; la ligazón de los sistemas que sustituyen y los sustituidos, a través de la continuidad del legado cultural y la dependencia genética de los géneros; la existencia de relaciones con otras literaturas; y, por último, el cambio del carácter, formas y fronteras de la literatura en correspondencia con los grandes cambios históricos del substrato social<sup>12</sup>.

Si existe esa unidad, nada impide que en determinada literatura regional, zonal o nacional, se descubran no sólo rasgos exclusivos de esa literatura, sino también rasgos comunes a todas las literaturas. ¿Por qué el teórico sólo sería capaz de ver en ella y considerar de validez universal, equivocándose siempre, rasgos específicos regionales, zonales o nacionales, y no también ciertos rasgos universales? ¿Qué pruebas habría de la existencia generalizada de semejante “ceguera a lo universal” y cómo se la explicaría?

Pero el hecho de que el eurocentrismo en el plano metodológico no conduce necesariamente a errores teóricoliterarios, no significa que él esté libre de una serie de implicaciones. A saber, el eurocentrismo metodológico implica riesgos de error más o menos grandes —según la amplitud, diversidad y representatividad del material tomado en cuenta—, incertidumbres persistentes, la necesidad de una revisión y una verificación empírica con el material extraeuropeo, así como la consiguiente posibilidad de refutaciones o mejoras. Y, sobre todo, el hecho de que él no conduce necesariamente a errores teóricoliterarios, no puede ocultar a nuestra vista el otro hecho, no menos cierto, e importante, de que él conduce con frecuencia a tales errores.

Precisamente esa posibilidad siempre abierta de que el estudio de materiales de otras literaturas determine modificaciones sustanciales en la teoría general elaborada sobre material procedente sólo de una o varias literaturas europeas, ha sido aprovechada hasta por un investigador de la propia Europa, para conferirle una importancia especial, universal inclusive, a la estilística de su lengua y literatura nacionales, poco tomadas en cuenta por los teóricos europeos. He aquí

11. Guillermo Rodríguez Rivera, ob. cit., p. 53.

12. N. I. Konrad, *Zapad i Vostok*, Moscú, Glavnaia redaktsiia vostochnoi literatury, 1966, pp. 458-460.

que en 1970 el teórico e historiador húngaro Miklós Szabolcsi escribió lo siguiente:

¿Tiene, puede tener la investigación estilística húngara un objetivo propio, un perfil propio? Tal vez sí, y también desde dos puntos de vista. Uno de ellos: la naturaleza, el carácter, las reglas y recursos expresivos particulares de la lengua húngara pueden modificar considerablemente la colección de ejemplos, las reglas y las afirmaciones de la estilística general, extraídas hasta ahora, ante todo, de las lenguas latinas, germánicas y eslavas<sup>13</sup>.

Y también a causa de esa posibilidad, que pende como una espada de Damócles sobre tantos frutos teóricos del eurocentrismo metodológico, resultaría difícil adivinar en estos momentos cuántas veces más tendremos que escuchar impugnaciones tan amplias y radicales como la formulada por Etiemble hace unos años:

por el solo hecho de que ella es lo que es, la literatura japonesa echa por tierra, de un solo golpe y para siempre, nuestras teorías de la epopeya y sus relaciones con la novela; y con el mismo golpe anula la teoría que Lukács y Goldmann, después de él, hilvanaron de la novela<sup>14</sup>.

Contra el eurocentrismo en el terreno de la teoría literaria, son posibles muy diversas reacciones. Una de ellas sería un antagónico latinoamericentrismo, afrocentrismo o asiacentrismo. Otro sería la “reivindicación” parcial de un lugar para la literatura nacional o regional propia en el “centro” (junto a la europea). Una tercera sería la negación empirista de la posibilidad de constituir una teoría literaria que no fuera de una literatura nacional, zonal o regional, es decir, de la posibilidad de forjar una teoría de la literatura “en general”. Pero estas reacciones resultarían inaceptables. Las dos primeras, porque no harían más que salvarguardar y perpetuar bajo otras formas el esquematismo “etnocentrista”, que es, en esencia, el núcleo enfermo del eurocentrismo. Y la última, porque estaría negando esa unidad de las literaturas del mundo que el hallazgo de regularidades comunes ha permitido establecer. Debemos agregar que no todos estos tipos

13. Miklós Szabolcsi, “A mi stilisztika”, en: M. S., *Változó világ – szocialista irodalom*. Budapest, Magvető, 1973, pp. 209-210.

14. René Etiemble, *Essais de littérature (vraiment) générale*, París, Gallimard, 1974, p. 11. Otro reciente ejemplo de cuestionamiento amplio y radical pudieran ser los siguientes planteamientos del conocido sociólogo literario y comparatista francés Robert Escarpit: (...) es a través del concepto moderno de literatura que percibimos los escritos de las épocas y los países ajenos del siglo XIX, la historia y la crítica literarias de Europa occidental y de sus dependencias culturales han proyectado ese concepto, por una parte, sobre el pasado, y, por la otra, sobre el conjunto del mundo. (...) Ahora bien, no es cierto que los criterios de especificidad que hemos retenido, sean mundiales o universales. Hay épocas y regiones a las cuales no es aplicable nuestra fenomenología de la literatura, siquiera porque la relación significante-significado no es la misma en una lengua ideográfica y en una lengua analítica, o porque el equivalente de lo que llamamos literatura ha sido concebido a veces como ética antes de serlo como estética. (R.E., “Le littéraire et le social”, en: R.E. y otros, *Le littéraire et le social. Éléments pour une sociologie de la littérature*, París, 1970, p. 15.

de reacciones antieurocentristas son construcciones hipotéticas nuestras, pues algunos se han presentado ya en los estudios literarios mundiales de las últimas décadas. Precisamente la primera reacción teórico-metodológica antieurocentrista en nuestra América asumió la última de las formas señaladas: nos referimos a los planteamientos centrales de Roberto Fernández Retamar en el artículo "Para una teoría de la literatura hispanoamericana", publicado en 1973. Esos planteamientos, que poco después fueron superados espontáneamente por el propio investigador cubano (en su estudio "algunos problemas teóricos en la literatura hispanoamericana", publicado en 1975), tenía como eje la tesis "*una teoría de la literatura es la teoría de una literatura*"<sup>15</sup>.

Pero hay otra reacción posible al eurocentrismo, una reacción que ha tenido ya manifestaciones concretas en los estudios teóricoliterarios y metodológicos mundiales: la exigencia de que la teoría general de la literatura sea elaborada sobre la base del estudio comparativo de las distintas literaturas de todo el mundo. En la práctica teórica, esta reacción se ha presentado ya en tres variantes. Una de ellas, interesada exclusivamente en establecer lo verdaderamente universal, sólo exige que la teoría general se elabore sobre la base de la comparación de *obras* de las literaturas del mundo entero (sin desaprovechar las generalizaciones nacionales, etc., ya existentes). Otra, interesada ante todo en conocer lo particular y específico regional, zonal y nacional, demanda que primeramente se elaboren las teorías particulares, "no-universalmente generales". esto es, regionales, etc., y que sólo después, sobre la base exclusiva del estudio comparativo de esas *teorías* de las literaturas de todo el mundo, se inicie la construcción de la teoría verdaderamente universal.

La primera variante ha hallado su más clara expresión en el prólogo de René Etiemble a su libro *Ensayos de literatura (verdaderamente) general*, publicado en 1974. Criticando el eurocentrismo de la *Teoría literaria* de Wellek y Warren, escribe allí Etiemble:

En cuanto al índice de los nombres propios, ¿qué opiniones! Shakespeare a tutiplén; Chikamatsu, que bien lo merece. no es citado una sola vez. (...) Ni un solo Ibn en el sumario de una *Teoría literaria*. Sí, ¿qué pensar de una teoría literaria que desatiende las retóricas árabes e hindúes y escamotea las obras chinas y japonesas? Que no trata siquiera de integrar en sus resúmenes todo lo que sabemos ya sobre las literaturas semíticas, finougrias, turcomongolas y malayas, y a la que le importan un bledo las literaturas orales del Africa y lo que subsiste de las obras precolombinas; que diserta sobre el poema y la versificación, sin dar a

---

15. Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, p. 48. Ya en el artículo "A propósito del Círculo de Praga y del estudio de nuestra literatura", publicado en 1972, el teórico cubano había abordado el problema del eurocentrismo, pero sin ir más allá de la comprobación de que determinadas teorías de la literatura son teorías de determinadas literaturas, o sea, sin desembocar aún en principios y directivas teórico-metodológicas generales.

las *qacidas*, a los *rubayat*, a los *che*, al *zadzhal*, al *ts'eu*, al *pantum*, al *haiku*, al *waka*, etc., lo que por derecho les corresponde. (...)

Para la elaborar *L.4* teoría literaria con un artículo verdaderamente definido (Wellek y Warren ofrecen, en el mejor de los casos, *UNA* teoría literaria, la de su pequeño mundo, un tantico provincial), sin duda habrá que esperar. (...)

Toda teoría que se elabore exclusivamente a partir de los fenómenos europeos, no valdrá más en adelante. Hay que volver a partir de cero. Tratemos<sup>16</sup>.

La segunda variante, hasta donde sabemos, ha hallado su primera expresión justamente en nuestra América, en las reflexiones con que Roberto Fernández Retamar concluye, también en 1974, el ya mencionado estudio "Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana". Escribió allí el investigador cubano:

Y el que, como un paso indispensable para elaborar nuestra propia teoría literaria, insistamos en rechazar la imposición indiscriminada de criterios nacidos de otras literaturas, no puede ser visto, de ninguna manera, como resultado de una voluntad aislacionista. La verdad es exactamente lo opuesto. Necesitamos pensar nuestra concreta realidad literaria, indicar sus rasgos específicos, porque sólo procediendo de esa manera, a lo largo del planeta, conoceremos lo que tenemos en común, detectaremos los vínculos reales, y podremos arribar un día a lo que será de veras la teoría general de la literatura general<sup>17</sup>.

16. René Etiemble, *Essais de littérature (vraiment) générale*, París, Gallimard, 1974, pp. 9-11.

17. Roberto Fernández Retamar, ob. cit., p. 93. Hallamos una expresión más tardía de esta segunda variante en el libro *Chinese theories of literature* de James J. Y. Liu. Advierte allí este autor:

Al escribir este libro tengo tres propósitos en mente. El primero y último es contribuir a una eventual teoría universal de la literatura mediante la presentación de las diversas teorías de la literatura que pueden ser extraídas de la larga tradición, en lo fundamental independiente, del pensamiento crítico chino, con lo que se hace posible compararla con teorías de otras tradiciones. (...) las comparaciones de lo que escritores y críticos pertenecientes a diferentes tradiciones culturales han pensado sobre la literatura, puede revelar qué conceptos críticos son universales, qué conceptos están confinados a ciertas tradiciones culturales, y qué conceptos son exclusivos de una tradición particular. Esto, a su vez, puede ayudarnos a descubrir (puesto que los conceptos críticos están basados frecuentemente en obras literarias reales) qué rasgos son comunes a todas las literaturas, qué rasgos están confinados a las literaturas escritas en ciertas lenguas o producidas en ciertas culturas, y qué rasgos son exclusivos de una literatura particular. De esa manera, un estudio comparativo de las teorías de la literatura puede conducir a una mejor comprensión de toda la literatura. (...)

Si estamos dispuestos a (...) continuar trabajando en dirección a esa remota (...) meta de una teoría universal de la literatura, entonces deberíamos considerar teorías procedentes de la mayor cantidad posible de tradiciones literarias diferentes. Tengo la esperanza de que los comparatistas y teóricos literarios occidentales tomarán en cuenta las teorías chinas que serán presentadas en este libro, y no seguirán formulando teorías generales de la literatura basadas solamente en la experiencia occidental. (The University of Chicago Press, Chicago and London, 1975, pp. 2, 3.).

Hay en ambas versiones una cautela metodológica que se extrema en más de un sentido: por una parte, el cuidado de construir la teoría verdaderamente general de la literatura a partir de cero, *ab ovo*; por otra parte, el cuidado de construir esa teoría por una vía esencialmente inductiva —por lo demás, mediante inducciones completas o lo más completas posible—. En nuestra opinión, esta cautela resulta un tanto exagerada. Sin embargo, después de tantos excesos eurocentristas y todavía en medio de ellos, la consideramos justificada y, hasta cierto punto, saludable. En todo caso, ella podría suscitar una nueva discusión —sin duda, oportuna y fructífera— en torno al problema de los métodos de construcción de teorías en la ciencia literaria, así como, en particular, un examen teórico e histórico de las posibilidades y limitaciones propias del inductivismo y el deductivismo —tanto el de filiación estructuralista (p. ej. Barthes), como el de filiación marxista (p. ej. Lukács), entre otros—.

La tercera variante de este último modo de reacción antieurocentrista, se distingue de la segunda y coincide con la primera en que no concede prioridad a la elaboración de las teorías regionales, etc., y se orienta directamente hacia la teoría general de la literatura, pero se diferencia de ambas en que le son ajenos sus excesos de cautela. Ella no cree necesario hacer tabla rasa de todas las tesis presuntamente universales ya existentes y quedarse en espera de las que surgirán en el estudio comparativo de obras o teorías de las teorías de todo el mundo. Por el contrario, esperando más de la unidad de la literatura universal, considera necesario revisar esas tesis mediante la confrontación de material verdaderamente universal. Ella no exige que la teoría general sea construida exclusivamente por una vía inductiva, por inducciones completas o casi completas, y admite la contrastación de construcciones hipotético-deductivas por la vía del estudio comparativo de material literario universal.

Esta variante no se ha manifestado explícitamente en nuestra América. Una lectura cuidadosa revela que a ella conducía todo el curso de las reflexiones de Fernández Retamar en el estudio antes mencionado: sin embargo, al abordar la cuestión de la teoría general —en el párrafo antes citado—, el autor se desvió repentinamente de ella. Sólo unas páginas antes, refiriéndose a la elaboración de la teoría general de la literatura hispanoamericana, el investigador había advertido: “A la mera aceptación de las categorías y denominaciones metropolitanas no puede oponersele, tampoco aquí, una tabla rasa tan feroz como ingenua, sino una búsqueda concreta y una delimitación cuidadosa.”<sup>18</sup> Esta táctica de verificación y eventual convalidación de tesis supuestamente universales para construir la teoría regional hispanoamericana, conducía, por simple extensión a las restantes literaturas regionales, a la variante que nos ocupa, la cual ha hallado magnífica expresión en el estudio “La vieja orientalista y sus nuevas tareas” del ya mencionado comparatista soviético Nikolái Konrad.

En ese estudio, según el cual la nueva tarea fundamental de la rientalística es precisamente la de preparar materiales para contribuir a la superación del euro-

18. Roberto Fernández Retamar, ob. cit., p. 83.

centrismo en la teoría general, se demanda que las categorías generales ya elaboradas sobre material europeo u occidental sean reconstruidas sobre la base del estudio comparativo del material que caracteriza el fenómeno estudiado en todas las partes del mundo en que éste se presentó, especialmente donde se desarrolló de manera omnilateral. Escribe allí Konrad:

La cuestión no está aquí en admitir la existencia en el Oriente de formas propias de las categorías generales descubiertas en la historia de Occidente: la mayoría de los científicos comprende bien esto. Lo importante es impregnarse de la idea de que el modelado mismo de tales categorías generales debe producirse sobre material de Occidente y de Oriente.<sup>19</sup>

Para el orientalista soviético, las palabras de orden en la empresa de eliminación del eurocentrismo teóricoliterario, son, ante todo, “revisar”, “reconstruir”, “completar”, “precisar”, “mejorar” y análogas.

En nuestra opinión, esta variante salva un tiempo y un esfuerzo preciosos que, hasta cierto punto, las otras dos pierden, pero, a la vez, ella deja escapar algo importante que la segunda sí presenta y destaca. Así, pues, a estas tres variantes ya manifiestas, quisiéramos sumar hoy, por nuestra parte, una cuarta, cuya única ventaja sobre las anteriores estaría precisamente en que reúne todos los aciertos que ellas encierran y establece el carácter mutuamente complementario de éstos.

Nuestra propuesta pretende retener y conjugar la visión, ni inductivista ni deductivista, que ofrece Konrad de la elaboración de la teoría comprobadamente universal, y lo que, a nuestro juicio, constituye un sustancial aporte de la reacción empirista extrema y de la inductivista en la segunda variante mencionada, tales como éstas se manifestaron respectivamente en los dos estudios citados de Fernández Retamar. Nos referimos al planteamiento de la necesidad de que se elaboren las teorías de las distintas literaturas regionales, zonales e incluso nacionales.<sup>20</sup> Si tal elaboración de teorías particulares se basara no sólo en la cons-

19. N. I. Konrad, “Staroe vostokovedenie i ego novye zadachi”, en: N.I.K., *Zapad i Vostok*, Moscú, Glavnaia Redaktsiia vostochnoi literatury, 1966, p. 27.

20. Un autor que también ha subrayado la necesidad de esas construcciones conceptuales particulares y también desde una posición inductivista, es el sinólogo soviético Nikolái Fedorenko, quien ha escrito lo siguiente:

(...) el acercamiento a la solución del problema de las literaturas orientales debe realizarse no desde la posición del apriorismo o de un estereotipo existente, creado a imagen y semejanza de los modelos europeos, sino objetivamente, tomando en cuenta la trayectoria real del desarrollo del arte verbal del pueblo chino. Y al hacerlo, no se debe uno apoyar en fantasías, por seductoras que éstas se presentaran, sino en el análisis científico de los hechos del proceso literario en China, que es lo único que proporciona la posibilidad de revelar la naturaleza de los fenómenos de la literatura china, partiendo de su propia esencia y no de lo que ha sido generado por la peculiaridad del desarrollo de la literatura europea, por ejemplo.

En pocas palabras, la conceptualidad debe derivarse de la investigación del proceso literario real (...). De otro modo, como dice la sentencia china, es inevitable “cortar el pie a la medida del zapato”. (N.T. Fedorenko, *Problemy issledovaniia kitaiskoi literatury*, Moscú, 1974, pp. 6-7).

trucción por inducción, sino también en la contrastación de hipótesis deductivas, no sólo en la construcción de nuevas generalizaciones, sino también en la revisión de “viejas” generalizaciones supuestamente válidas también o sólo para la literatura particular examinada, ella se hallaría en una íntima y dialéctica relación de enriquecimiento y perfeccionamiento mutuos con la elaboración paralela de la teoría comprobadamente universal. Ella está llamada a lograr que lo específico y lo particular regional, zonal y nacional, no queden sin su reflejo en el dominio de la teoría, o sea, a construir algunas de las mediaciones necesarias para la investigación y la crítica de obras literarias concretas. Tiene toda la razón el teórico yugoslavo Stanko Lasić cuando afirma que “para todo investigador serio, el marxismo vulgar, el existencialismo vulgar y el estructuralismo vulgar deben ser repulsivos, ante todo, porque aplican directamente las categorías deducidas más generales a los casos particulares”.<sup>21</sup> Y aunque, a nuestro juicio, se equivoca al negar la escasez de síntesis empíricas (pues sólo abundan las referidas a las literaturas de Occidente y de los siglos XIX y XX), también está en lo cierto cuando formula las restantes afirmaciones del siguiente pasaje:

En el estructuralismo lingüístico, Hjelmslev fundamentó el problema de las mediaciones, y es extraordinariamente interesante el hecho de que sus planos del lenguaje (esquema – norma – uso) recuerdan la tríada de Hegel: general, particular y singular. En lo que se refiere a la teoría de la literatura y la ciencia de la literatura en general, en este terreno ella está en la fase inicial. No le faltan muchas inteligibilidades de partida y bosquejos deductivos extraídos de ellas, ni le faltan síntesis empíricas, sino un sistema de mediaciones que, a partir del proceso deductivo y de la experiencia de la práctica cree *una red desarrollada de conceptos basada en un único principio de partida*: la ciencia. O al menos: falta un intenso, vivo y fundamentado proceso de ramificación de la ciencia de la literatura.<sup>22</sup>

Y he ahí la principal razón de que, para los estudiosos de las obras concretas de la literatura del subcontinente, resulte sumamente importante la constitución de esas mediaciones que serían la “teoría de la literatura hispanoamericana”, propugnada por Fernández Retamar, y la “teoría de la literatura latinoamericana”, propuesta por el teórico colombiano Carlos Rincón.<sup>23</sup>

Al reconocer la posibilidad y la necesidad de teorías de las literaturas regionales, zonales e incluso nacionales, se impone revisar la división de la ciencia literaria y la definición de la teoría literaria. Tanto en autores no-marxistas (p. ej., Wellek y Warren) como en autores marxistas (p. ej., el teórico checo Josef Hrabák) se puede encontrar la tradicional división según la cual la teoría literaria se

21. Stanko Lasić, *Poetyka powieści kryminalnej*, trad. al polaco por Magdalena Petryńska, Varsovia, PIW, 1976, pp. 159-160.

22. Stanko Lasić, ob. cit., p. 161.

23. Carlos Rincón, “Hacia una teoría de la literatura latinoamericana. Fundamentaciones y perspectivas”, en: C. R., *El cambio en la noción de literatura*, Instituto Colombiano de Cultura, Editorial Andes, 1978.

ocupa de los problemas universalmente generales, “comunes a todas las literaturas”, en contraste con la historia y la crítica literarias, que se ocupan de “los problemas de obras concretas de determinada literatura o grupo de literaturas”.<sup>24</sup> La oposición “universal”/“singular o particular” como factor divisorio y definitorio, es echada abajo por la admisión de los problemas que no son universalmente generales (pero que sí lo son regional, zonal o nacionalmente) en calidad de legítimos objetos de la actividad generalizadora de la teoría literaria.

No faltan quienes consideren incongruente la idea misma de una “teoría de la literatura hispanoamericana” y, en general, de teorías de las distintas literaturas regionales, etc. Ellos ven una contradicción lógica entre el propósito universalizador de la teoría y el carácter geográficamente limitado de su objeto en esos casos. En tal reparo se evidencia una concepción incompetente de lo que es una teoría científica. Según ella, para que un sistema de hipótesis sea reconocido como un sistema de leyes, o sea, como una *teoría*, las hipótesis de ese sistema deben ser universalmente generales, esto es, válidas para todos los casos particulares y singulares de la clase dada de fenómenos en todo su alcance espacio-temporal. Tal concepción, que reduce la teoría literaria al común denominador de todos los textos literarios que han existido en la historia de la humanidad, se basa en el desconocimiento de que el requisito lógico que en la ciencia se impone a las hipótesis para considerarias leyes, no es la “generalidad universal”, sino —como bien ha señalado Mario Bunge, el conocido metodólogo de la investigación científica— “*la generalidad en algún respecto y en alguna medida*” o, con otras palabras de Bunge, “que por lo menos una de las variables que se presentan en la fórmula de la ley tenga prefijado el operador ‘para todo’, o el operador ‘para casi todo’, o el operador ‘para la mayoría de’ ”.<sup>25</sup> A la luz de dicha concepción, desde luego, no es posible ver que en la teoría literaria entran con igual legitimidad generalizaciones teóricas que presentan generalidad en diversos aspectos y en diversa medida: por una parte se hallan las leyes más generales (válidas para todas las literaturas nacionales, zonas culturales, períodos, corrientes, géneros mayores [*rodv, rodzaje*], géneros, etc.) y, por otra, las leyes específicas (válidas para una sola literatura nacional, zona cultural, período, corriente, género mayor, género, etc., pero también con fórmulas que encierran el operador “para todo”: “para toda novela”, “para toda obra literaria realista”, etc.).

Si, a pesar de ser válidas respectivamente para un solo género y una sola corriente o tipo, la teoría de la novela y la teoría del realismo pueden existir como verdaderas teorías al lado de la teoría de la literatura en general, entonces también pueden existir a su lado las teorías de las literaturas china, hindú, japonesa, europea,... y las teorías de las literaturas hispanoamericana y latinoamericana propuestas por Fernández Retamar y Carlos Rincón respectivamente (a pesar de ser, en principio, válidas para una sola literatura nacional o una sola zona cultu-

24. Josef Hrabák, *Uvod do studia literatury*, Praga, Státní Pedagogické Nakladatelství, 1977, p. 65.

25. Mario Bunge, *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*, La Habana, Instituto del Libro, 1972, p. 365. Cf. Jerzy Topolski, *Metodologia historii*, Varsovia. PIW, 1973, pp. 433-435.

ral, y gracias a fórmulas como “para toda obra literaria china” e incluso como “para todo *haiku*”). Si no es teoría literaria y, por supuesto, tampoco historia o crítica literaria, ¿qué es, entonces, la poética de la literatura china o, con mayor especificidad, la teoría del estilo de la literatura sánscrita (incluida la clásica *alankarashastra*) o la del verso árabe o, con especificidad aún mayor, la teoría del *epos* griego o del *skaz* ruso o del drama *no* japonés? “Teoría literaria” no es el nombre propio de una única teoría que contiene leyes de un único nivel de generalidad, del más elevado posible: el de la “literatura en general”, sino el nombre común de la *clase* de teorías que reúnen leyes con generalidad en uno, varios o todos los respectos, relativas a los fenómenos literarios, así como, además, el nombre colectivo del *conjunto*, más o menos coherente y sistematizado, de las teorías pertenecientes a la *clase* antes mencionada. Por lo demás, lo mismo debe decirse, *mutatis mutandis*, de las teorías de las literaturas hispanoamericana y latinoamericana.

Otra cosa muy distinta es que muchas de las generalizaciones que entraran a configurar esas teorías de las literaturas regionales (o zonales, o nacionales), pudieran revelarse más tarde válidas para las literaturas de todo el mundo (o de toda una región, o de toda una zona, respectivamente) —tal como muchas de las generalizaciones hechas por la teoría de la novela resultan válidas para todos los géneros épicos, y, en un plano más amplio, tal como algunas de las generalizaciones formuladas por la teoría de “la literatura en general” demuestran tener vigencia en el arte en general o en toda la creación cultural espiritual—. Y esto nos conduce ante una importante directiva metodológica, que suele ser olvidada por los buscadores de “especificidades”: la comparación de material literario de todo el mundo no sólo es necesaria para el establecimiento de lo verdaderamente universal en las literaturas del mundo, sino también para la determinación de lo verdaderamente específico en cada literatura regional, zonal o nacional. Sobre la base exclusiva de material de una determinada literatura se puede llegar a un vasto conjunto de generalizaciones sobre la estructura y la cognición de la obra literaria, la morfología de las obras literarias, el proceso histórico-literario, etc., etc., pero sólo la confrontación con otras literaturas permite distinguir con certeza en ese conjunto las generalizaciones que reflejan propiedades y relaciones universales y las que reflejan propiedades y relaciones específicas de la literatura dada. Únicamente tal confrontación elimina no sólo el riesgo de considerar universal lo que simplemente es particular, propio de una sola literatura regional, zonal o nacional, o de unas cuantas a la vez, sino también el riesgo de creer específico lo que, en realidad, es universal o propio también de otras literaturas regionales, zonales o nacionales.

Pero siempre se ha de tener presente que lo específico puede llegar hasta zonas insospechadas, tradicionalmente consideradas predios exclusivos de lo universal. Por ejemplo, en el campo de la genología, a despecho de las concepciones tradicionales, las particularidades regionales y zonales se dan no sólo en determinados géneros aislados o en todo el sistema de géneros, sino también en la naturaleza misma de los géneros literarios “en general”, en lo que trata de

aprehender la propia categoría de “género literario”. Así lo dejó ver claramente hace ya quince años la gran genóloga y comparatista polaca Stefania Skwarczyńska, cuando escribió lo siguiente:

No es poca la importancia que para el carácter fundamentado de la genología tiene el hecho de que la ciencia de la literatura en todos los círculos culturales reconoce la existencia de géneros [*rodzaje*] literarios, pero no es posible negar que para un europeo, por ejemplo, es difícil entenderse con un hindú o un chino sobre el tema de la naturaleza misma de los géneros literarios; en más de una ocasión surgen dudas respecto a que ambos estén hablando de una misma cosa. Y así, entre otras cosas, no se sabe bien qué “hacer” con el rasgo distintivo hindú de los géneros llamado “rasa”, lo que significa más o menos “estado de ánimo”. La reducción de los géneros de la literatura hindú y de la literatura de nuestro círculo cultural a su único campo, no es, pues, asunto fácil. La tendencia, característica de algunas poéticas orientales, a distinguir los géneros literarios mediante el costado formal – sistemas versificacionales, sistemas estilístico-retóricos, sistemas composicionales— encuentra resistencia a consecuencia de la concepción europea de los géneros literarios.<sup>26</sup>

La lucha contra el esquematismo eurocentrista en la teoría literaria de Europa resulta extremadamente importante, pues mucho depende de ella para el ulterior desarrollo de la teoría literaria en esa región y en el mundo entero. Pero aún más importante, doblemente importante, nos resulta esa lucha en los estudios teóricoliterarios de nuestra América, pues a nosotros, no-europeos, ese esquematismo nos sitúa en la “periferia”. Y denunciar ese solapado enemigo, llamar a la lucha con él y empeñarse él mismo, el primero, en esa lucha en nuestra América, es un gran mérito del cubano Fernández Retamar ante la ciencia literaria marxista de la América Latina, mérito que se revela aún mayor cuando se toma en cuenta que, a diferencia de lo ocurrido con la actual reacción antieurocentrista en la ciencia literaria europea, en la nuestra no hubo, antes de dichos recientes trabajos de Fernández Retamar, repetidas advertencias de grandes pensadores contra el “centrismo” teóricoliterario nacional o regional —en general y como error posible—. ¿Cuántas advertencias como las siguientes puede exhibir nuestra ciencia literaria anterior a los años 70?

En 1924, el destacado teórico y comparatista literario soviético Víktor Zhir-munski, en las primeras páginas de su valioso libro *Introducción a la métrica. Teoría del verso*, colocó estas palabras de aviso:

En adelante plantaremos sólo cuestiones de métrica teórica: el material descriptivo-histórico —ante todo, de la historia del verso ruso— es aducido como ilustración de las tesis generales. Pero en los límites de cada lengua las cuestiones de la métrica se resuelven de una manera

26. Stefania Skwarczyńska, *Wstęp do nauki o literaturze*, Varsovia, Pax, t. 3, 1965, pp. 67-68.

propia, lo que depende en un grado considerable de las propiedades fonéticas naturales del material lingüístico dado. Por eso, al lado de los ejemplos rusos, se introducen los fenómenos más característicos de otras literaturas nacionales: ellos sirven de base para el estudio histórico-comparativo de las formas métricas. Sin tal estudio, toda construcción de una métrica teórica padecerá inevitablemente de dogmatismo y unilateralidad preconcebida.<sup>27</sup>

Años más tarde, los estructuralistas checos, en las célebres *Tesis* del Círculo Lingüístico de Praga, también prevenían:

El investigador debe evitar el egocentrismo, es decir, el análisis y valoración de los fenómenos poéticos del pasado o de los fenómenos poéticos de otros pueblos desde el punto de vista de sus propios hábitos poéticos y de las normas artísticas inculcadas en él por la educación.<sup>28</sup>

Y ya más cerca de nuestros días, el afamado polaco Roman Ingarden, cuyo pensamiento se orientó hacia lo empírico en los últimos años de su vida, formuló una observación que resulta particularmente impresionante, puesto que viene ni más ni menos que de un fenomenólogo literario, y no de uno cualquiera, sino del más grande de ellos. Escribió Ingarden en su estudio "Sobre la poética":

Para terminar, una observación más: la poética es teoría *general* también en el sentido de que traspasa las fronteras de *una sola* lengua. Ella debe tomar en consideración obras escritas en cualesquiera de las lenguas en que han aparecido obras de arte literario. Seguramente en la práctica científica los investigadores que cultivan la poética se limitarán a las obras escritas sólo en *unas cuantas* lenguas conocidas para ellos, porque no es cosa tan fácil dominar lenguas extranjeras en tal medida que uno no sólo entienda el simple significado de los textos literarios, sino que, además, sea sensible a los valores estéticos y, en particular, poéticos de las obras extranjeras. Y de aquí ya se deriva cierta unilateralidad, que se debe tratar de superar en la común investigación de autores de diversas nacionalidades. Pero el cultivo de la poética por personas que, aparte de su lengua natal, no dominan *ninguna* lengua extranjera y que no conocen en su original obras de arte literario escritas

27. V. Zhirmunski. "Vvedenie v metriku. Teoriia stija", en: V. Zh., *Teoriia stija*, Leningrado. Sovetskii pisatel', 1975, p. 11. Más tarde, en 1940, basándose en esas mismas razones, Zhirmunski exaltará el carácter excepcional de la labor del sabio ruso Aleksandr Veselovski en el terreno de la poética: "Por la amplitud del horizonte científico, Veselovski no tiene rivales, no sólo en la ciencia rusa, sino también en la mundial. En la ciencia eurooccidental él introduce por vez primera hechos de las literaturas bizantina, rusa, eslava. Veselovski también aprovecha muy ampliamente material folclórico-etnográfico, registrado entre las numerosas minorías nacionales de la Rusia zarista, de los pueblos fineses, turcos, paleoasiáticos. Para Veselovski no existen pueblos y literaturas privilegiados. En este respecto, sus investigaciones sobre cuestiones de "poética" se distinguen ventajosamente del "eurocentrismo" tan característico de los estudios literarios burgueses de Occidente." (V. Zh., "Istoricheskaia poetika A. N. Veselovskogo", en: A. N. Veselovskii, *Istoricheskaia poetika*, Leningrado, Izdzhestvennaia literatura, 1940, p. 16).

28. *Prazhskii lingvisticheskii kruzhok*, Moscú, Progress, 1967, p. 31.

en lenguas extrañas para ellos, debe conducir a resultados tan unilaterales que resultan falsos.<sup>29</sup>

No nos parece casual que hasta los años 60 tales advertencias aisladas contra el “centrismo” nacional o regional –en general y como error posible– sólo puedan ser halladas, casi sin excepción, en autores de la Europa oriental, cuyas literaturas natales –al igual que la del cubano Fernández Retamar– venían siendo situadas en la “periferia” por el eurocentrismo dominante. De todos modos, semejantes advertencias, no dirigidas aún contra el eurocentrismo en particular y como error real de la práctica teórica del pasado y del presente, rarísimas veces fueron atendidas por los teóricos literarios europeos. Podríamos preguntar aquí: ¿cuántos de esos teóricos partieron de (o buscaron verificación en) material procedente de un amplio número de literaturas, tanto europeas como no-europeas? ¿Y cuántos de los que ni partieron de ese variado material ni buscaron verificación en él, admitieron que en realidad, o posible, ellos no habían hecho teoría general de la literatura, sino sólo teoría de la literatura de tal o cual país, lengua o región?

Probablemente no se podrá hallar un solo libro europeo de teoría literaria cuyo autor tenga a la vez la lucidez y la honradez científica de ver el eurocentrismo de su propia obra y reconocerlo, reduciendo su “teoría general” a una teoría particular, regional, como hizo el antes citado estético y sociólogo polaco Stanislaw Ossowski, quien, muchos años después de publicar la primera y segunda edición de su obra *En los fundamentos de la estética*, la descalificó como estética general en un prólogo a su tercera edición. Escribió allí Ossowski:

Hoy día me doy cuenta más claramente (...) de que el autor no salió fuera de la esfera de conceptos y valores de cierto amplio círculo cultural (...). Me refiero al círculo internacional de la cultura europea, en la que se formaron nuestros conceptos del arte, del artista y del valor estético. (...) Cierto es que en nuestras reflexiones a veces hemos tomado en cuenta el arte exótico, el arte de otras culturas. (...) Lo mirá- bamos con los ojos de un europeo moderno culto. (...)

29. Roman Ingarden, “O poetyce”, en: R. I., *Studia z estetyki*, t. 1. Varsovia. PWN, 1966, pp. 289-290. Ya por 1947 el propio Ingarden había sentido la necesidad de imponer un control empírico de carácter comparativo al análisis fenomenológico que debía hallar los rasgos más universales de la obra artístico-literaria en el examen de una sola obra. Escribió por entonces:

Permitase que este poema /“Stepy akermanśkie” de Mickiewicz – D.N./ me sirva como un ejemplo de la obra de arte literario, en el que mostraré cierto rasgo fundamental de su construcción. Naturalmente, este poema no sólo posee sus particularidades, que no se presentan en ninguna otra obra, sino que, a la vez, es una obra de cierto tipo (; y ello desde distintos puntos de vista!). Por eso, al analizarla en busca de la más general estructura de la obra de arte literario, debemos, por así decir, tener en el campo visual, al lado de ella, otras obras poéticas de las más diferentes, para no incluir por casualidad en la estructura general algo que sea característico sólo de la obra mencionada o también de obras semejantes a ella. como, por ejemplo, el hecho de que está escrita en verso. (R. I., “Z teorii dzieła literackiego. Dwuwymiarowa budowa dzieła sztuki literackiej”, en la recop. *Problemy teorii literatury*, selec. H. Markiewicz, Wrocław; Ossolineum, 1967, pp. 7-8.

En el espíritu de lo que he dicho, las reflexiones contenidas en este libro, sobre el concepto de valor estético, sobre los criterios de la belleza, sobre el arte y sobre la creación, las trato hoy como un estudio que concierne a cierta esfera de conceptos y valores propios de la cultura europea contemporánea.<sup>30</sup>

Sólo respecto a las dos últimas décadas puede hablarse del inicio de una reacción, radical y creciente, contra el eurocentrismo teóricoliterario en la ciencia literaria de Europa —más exactamente: de algunos países de Europa—. Pero se trata sólo de un inicio: de una oposición que, aunque encabezada por grandes figuras de la ciencia literaria de sus respectivos países, aún no se ha generalizado, ni ha tenido gran influencia sobre la práctica investigativa de estudiosos individuales e instituciones científicas. Y es por ello que los planteamientos antieurocentristas de los autores del subcontinente americano resultan importantes no sólo para la práctica de la crítica y la investigación literarias propias, es decir, latinoamericanas, sino también para otros dos contextos: por una parte, el de la recepción de las obras teóricoliterarias que nos llegan de Europa, y que no por proceder de autores marxistas o de la Europa oriental dejan necesariamente de ser eurocentristas,<sup>31</sup> y, por la otra, el de cierto sector de los estudios literarios europeos, a saber: el sector de la latinoamericanística, especialidad en boga en Europa (y Norteamérica) desde los años 60 y que, lamentablemente, aún no ha sido agitada a fondo por la reacción antieurocentrista local.

30. Stanislaw Ossowski. *Dziela*, t. I (U podstaw estetyki), Varsovia, PWN, 1966, p. 9.

31. Un hecho que habla de la supervivencia del eurocentrismo metodológico entre los investigadores marxistas europeos, es que, sin quitar una sola palabra de las citadas críticas de Etiemble a la *Teoría literaria* de Wellek y Warren, ellas son igualmente válidas para los principales manuales soviéticos de teoría literaria: los de Timoféev, Pospélov y Abramóvich, así como para una de las más ambiciosas y fecundas tentativas soviéticas de elaborar una teoría literaria: los tres valiosos tomos de *Teoría de la literatura. Problemas fundamentales a una luz histórica*, preparados por un equipo de científicos del Instituto de Literatura Mundial "Máximo Gorki" de la Academia de Ciencias de la URSS (si bien es cierto que esa preparación tuvo lugar antes de 1962-1965, fecha de publicación). Y hay aquí una circunstancia agravante. ausente en el caso de Wellek y Warren: Navoi, Firdousi, Jafiz, Jayám, Rudakí y Nizami, entre otros grandes poetas orientales, son clásicos de las literaturas nacionales de muchos pueblos de la multinacional Unión Soviética; y la *qacida*, el *rubái*, el *ghazal* y otras formas poéticas tradicionales árabes, persas y turcas, han seguido siendo utilizadas ampliamente hasta hoy por los escritores del Oriente soviético. Y en el caso de los autores de los manuales, editados o reeditados en los años 70, se podría señalar, como una agravante más, la desatención a las bien argumentadas advertencias de su prestigioso compatriota Konrad en el libro *Occidente y Oriente*. En particular, el libro *Fundamentos de teoría de la literatura*, de Leonid Timoféev, obra que recientemente comenzó a circular entre nosotros en versión española, cae por entero bajo el peso de la crítica antieurocentrista, puesto que construye sus generalizaciones sobre la base exclusiva de la literatura realista europea del siglo XIX. Timoféev, que reeditó en 1976 su libro (por quinta vez) sin introducir cambios sustanciales en el texto, había dado la impresión de haber comprendido lo erróneo de su actitud eurocentrista: en ese año apareció el *Diccionario de términos literarios*, compilado por él y S. V. Turáev y precedido de un prólogo en el que ambos afirmaban: "En este plano los autores y compiladores se esforzaron por superar una unilateralidad existente en una serie de trabajos (entre ellos, obras de consulta): hacer conclusiones teóricas sobre la base de la experiencia de una sola literatura nacional. Junto con los términos aceptados en la ciencia literaria europea, en la eslavística y en la poética de los pueblos de la URSS, en el *Diccionario* se han introducido conceptos y denominaciones científicas hasta ahora poco conocidos, que se han propagado en las literaturas de algunos pueblos del Oriente (la India, China, Corea, Japón)". (*Slovar' literaturovedcheskij terminov*, Moscú, 1974, p. 1).

Tampoco nos parece casual que en Europa los primeros en llegar a las posiciones activamente antieurocentristas hayan sido, hasta donde sabemos, comparatistas y orientalistas —como Etiemble, Konrad, Skwarczyńska, Zhirmunski, entre otros—, pues se trata de especialistas que, en su labor cotidiana, tienen la oportunidad de ver cuán mal “trabajan” categorías y leyes consideradas por la ciencia de su país o región natal como universales, en las literaturas más diferentes tipológicamente de la europea y las menos relacionadas contactualmente con ella, o sea, la china, la hindú, la japonesa y, en general, las literaturas orientales —sobre todo, hasta fines del siglo XIX—.

En cambio, resultaría comprensible que, por un mecanismo inverso, la reacción antieurocentrista encontrara indiferencia, escepticismo u oposición entre los investigadores y críticos latinoamericanos de la literatura de su propia región, pues se trata de especialistas que aplican, con éxito aparentemente completo y —también por ello— sin particulares cautelas, categorías y leyes forjadas sobre material europeo a una de las literaturas regionales más análogas tipológicamente a la europea y de las más relacionadas contactualmente con ella. En este caso, sólo el estudioso con un penetrante espíritu crítico y autocrítico, sabe descubrir, tras la aplicación en apariencias totalmente exitosas, los síntomas del “mal funcionamiento” de ciertas generalizaciones ilusoriamente universales. Un temprano y raro ejemplo de ello nos lo proporciona José Carlos Mariátegui, cuando en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* escribe:

Por el carácter de excepción de la literatura peruana, su estudio no se acomoda a los usados esquemas de clasicismo, romanticismo y modernismo, de antiguo, medieval y moderno, de poesía popular y literaria, etc.<sup>32</sup>

Todo parece indicar que, en efecto, nuestra literatura pertenece —junto con la australiana, algunas africanas y las más de América— a lo que en el seno de la Asociación Internacional de Literatura Comparada se ha denominado “tipo europeo de literatura”. Por nuestra parte, teniendo en cuenta que, como bien ha señalado el teórico húngaro István Sötér, “el hecho de que las literaturas americana y australiana forman parte de esa literatura, pone en tela de juicio incluso el adjetivo ‘europeo’ ”,<sup>33</sup> consideramos más correcto hablar de un “tipo europeo de literatura”, de la misma manera que, siguiendo al historiador lituano-chileno Alejandro Lipschutz, Fernández Retamar ha hablado ya de una “cultura europeoide”.

La existencia de esta comunidad suprarregional implica, sin duda, la existencia de una frontera contra la que se estrellaría toda eventual “especificomanía” latinoamericana, todo aislacionismo más antieuropeísta que antieurocentrista. Pero también es cierto que no sabemos *a priori* por dónde pasa esa frontera, lo que es precisamente una de las incógnitas que debe despejar la teoría de la lite-

32. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, Casa de las Américas, 1973, p. 271.

33. István Sötér, “Système comparatiste de la littérature”, en: *Neohelicon*, Budapest, no. 1-2, 1973, p. 201.

ratura latinoamericana. Por otra parte, ella nos recuerda que las generalizaciones europeas confirmadas sobre material latinoamericano no son necesariamente universales, pues bien pueden ser simplemente “europoides”. Por último, aquí hay también una invitación a construir una síntesis teóricoliteraria suprarregional: por así decir, una teoría de la literatura europeoide. Tal vez surjan dudas respecto a la utilidad intrínseca de esta última, pero lo cierto es que la construcción de esa mediación entre la síntesis regional y la universal tiene cierto valor auxiliar, en modo alguno desdeñable, para la constitución de una teoría literaria comprobadamente universal. Si, con el fin de evitar al máximo las deformaciones francocentristas y análogas en el modelado de los conceptos de las corrientes literarias europeas, se ha señalado la utilidad de una etapa intermedia, o sea, “la construcción de la corriente literaria para unas cuantas literaturas de regularidades evolutivas semejantes”,<sup>34</sup> tal proceder escalonado parece aún más justificado y conveniente en el caso de la construcción de categorías mucho más generales que las pan-europeas: las universales.

La toma de conciencia del error teórico-metodológico eurocentrista se ha producido de distinta manera en Europa y en Latinoamérica. Por una parte, no han sido los estudios propios (latinoamericanos) de literaturas ajenas no-europeas (asicíticus, africanas) los que han revelado que ciertas categorías y leyes, consideradas en el país o región natal como universales, no “trabajan” en todas las literaturas del mundo: por el contrario, con la intervención de Fernández Retamar y Carlos Rincón, ha sido en los marcos del estudio de la literatura propia (hispanoamericana, latinoamericana) donde se ha descubierto esa verdad. Por otra parte, no se ha llegado a la conclusión de que muchas de esas categorías y leyes supuestamente universales son —o puede que sean— sólo “propias”, sino a la de que ellas son —o puede que sean— sólo “ajenas”. Hay en este caso una introspección desalienante, *descolonizante*.

Y cuando en este contexto empleamos, siguiendo a Fernández Retamar, las palabras “colonización”, “descolonización” y otras emparentadas, no deben ser entendidas sólo como metáforas (tal como se las entiende, por ejemplo, cuando se oye hablar de la teoría literaria colonizada por la lingüística). Y es que aquí ellas también remiten a una de las verdaderas causas de ciertas manifestaciones eurocentristas en nuestros días: a la colonización ideológico-cultural y, por su mediación, a la colonización económica, política y social global. Hasta el marxista Etienne ha declarado ya que el eurocentrismo de la *Teoría literaria* de Wellek y Warren no era más que “un vestigio del imperialismo europeo-yanqui”.

Ya en estos momentos es posible y necesario afirmar que en Cuba, en nuestra América, la aplicación *acrítica* a nuestra realidad literaria de teorías, leyes, categorías o simples conceptos elaborados sobre la base exclusiva de las literaturas metropolitanas, no podrá ser más un acto de ingenua “falsa conciencia”, sino sólo fruto de una decisión ideológica deliberada, de una “mala conciencia”.

34. Henryk Markiewicz, *Główne problemy wiedzy o literaturze*, Cracovia, Wydawnictwo Literackie, 1970, p. 208.